



ERICK S. MAYORA

Benedicto XVI exhortó a los católicos a acoger el decreto

## El año de la fe

Miguel Matos, s.j.\*

¿Más de lo mismo? ¿Estertores de una institución severamente infartada? ¿Señal de una verdadera capacidad de conversión, de recuperación?

La respuesta reside en la forma como se conceptúe una realidad tan nuclear en la experiencia cristiana como lo es la fe

**S**i por fe se entiende una suerte de afirmación racional, de asentimiento a una propuesta intelectual, diríamos que la convocatoria a celebrar *el año de la fe* sería algo por lo menos ocioso y hasta superfluo. Simplemente porque para esta sociedad, hoy por hoy, el problema no radica en la afirmación o negación de la existencia de Dios. Vivimos en una época de proliferación de expresiones de la realidad del trascendente. He llegado a pensar, exagerando un poco las cosas, que en este momento en Barquisimeto, mi ciudad de residencia, bastaría con dejarse llevar por la proliferación de citas evangélicas y de frases con contenido religioso estampadas en los vidrios de los automóviles, prestar atención a las canciones evangélicas que nos brindan los choferes del transporte público o algunos vecinos para mantenerse en un ambiente de oración permanente justamente en los espacios normalmente más *profanos*.

El problema se nos plantea cuando vemos que toda esta proliferación de animación religiosa no parece tener un impacto que neutralice, por ejemplo, el sinnúmero de escenarios de violencias domésticas que se presentan en nuestra

sociedad. Menos aún parece que esta religiosidad tan expandida se traduzca en un rechazo contundente a prácticas bélicas, a guerrillas, hambrunas, consumismo, xenofobias, pandemias, destrucción del medio ambiente y tantas otras situaciones negativas.

En el ámbito ya de lo católico, lo que la humanidad espera hoy de este colectivo, especialmente de quienes lo representan, es que asuma una actitud de sincera humildad y discreción para reconquistar el derecho a dialogar.

La convocatoria para celebrar un *año de la fe* tendría que estar deslastrada de cualquier acento de indoctrinación y dogmatismo. El Concilio de Trento ya se dio hace más de quinientos años. El Vaticano II sigue en la espera de ser tomado verdaderamente en serio después de haber sido tan desdibujado e inmovilizado en la eclesiología de Juan Pablo II.

Afortunadamente, conocemos y disfrutamos hoy de profundas vivencias de fe cristiana en sectores concretos –movimientos católicos y parroquias–; de esa fuerza con la que se ha ido incrementando la existencia de grupos juveniles que asumen labores de misión cristianizadora o humanizadora en temporadas concretas como Navidad, Semana Santa, vacaciones de verano, etcétera. Basta entrar en contacto con estos grupos o movimientos, con toparse con ellos en diferentes espacios –un terminal de pasajeros de nuestras ciudades, por ejemplo–, para contagiarse de la alegría y del entusiasmo que cargan con ellos.

Todo esto es cierto, pero no son eventos que mengüen nuestra llamada de atención. Entre otras cosas porque estas manifestaciones se desarrollan muchas veces al margen, y algunas veces casi *a pesar* del liderazgo católico oficial.

La convocatoria debe estar centrada en perfilarnos rotunda y existencialmente hacia el auténtico horizonte de la fe cristiana. La posposición de esto aceleraría el camino a una extinción gradual y definitiva de nuestra Iglesia. Esta posibilidad de extinción no se desarticula recurriendo deportivamente a frases extraídas descontextualizadamente de las sagradas escrituras.

La convocatoria que se nos hace debería venir alimentada de una sincera e inédita apuesta: dejarnos *atrapar* por el Jesús verdadero, histórico, palabra y presencia de Dios entre nosotros. Esto excluye cualquier intento de maquillar la realidad y lanzarse a reincidir en iniciativas contradictorias con ese mensaje y realidad de Jesús, como si nuestra Iglesia solo necesitara corregir ciertos detalles en vez de asumir de manera contundente la necesidad de una verdadera conversión. “No se sirve vino nuevo en odres viejos”, “no se pone un parche con tela nueva en un tejido raído”. (Mc.2, 21-22)

Jesús de Nazareth muchas veces es usado como esos maniqués en las vidrieras de las tiendas, a los que se les coloca las más diferentes

indumentarias según lo que se quiera vender. Unas veces es un maniquí con corona dorada y vestimenta lujosa. Otras veces, uno que despide desde la planta de sus manos rayos de criptonita, o que viste trajes de baños modernos o uniformes escolares o trajes de graduación.

Aunque lo que estamos tratando va mucho más allá de la mera imaginería física, ¿cuándo nuestra imaginería va a alimentarse de las escuetas pero suficientes descripciones que nos han dejado Marcos, Mateo, Lucas y Juan?

La fe no es cuestión de operaciones mentales, ni meramente valorativas, ni de espectáculos aparatosos, costosos y distractivos, con mucho olor a naftalina. No son encuentros turístico-apologéticos masivos lo que estamos necesitando. Tiene que ver más con esas actuaciones ambiguas indiferentes, silenciosas y antitestimoniales, con esos posicionamientos en el terreno de las luchas que libran hoy en el mundo esos seres humanos en los que Dios se encarnó.

Dice Santiago (2, 14-26) que *la fe sin obras no es fe*. Entonces, de lo que se trata es de asumir una praxis que no es compaginable y no puede coincidir con las arrogancias ancestrales de la oficialidad jerárquica católica, con sus complicidades soterradas, con sus modos de vida que escandalizan. No se trata de mantener los mismos vicios maquillándolos, sin tocar las situaciones que justamente son las responsables del debilitamiento de nuestra fe.

Para decirlo en pocas palabras: avocarse al compromiso por la fe cristiana solo tiene sentido si estamos dispuestos a visualizar y hacer realidad, con nuestras propias vidas, en todos sus detalles, el propósito que nuestro Dios quiso encarnar en la vida real, histórica, auténtica de Jesús de Nazareth. Evangelizar es sembrar al Jesús histórico y verdadero en lo más profundo



EFE

## “Tiempo de reflexión y redescubrimiento”

**Extractos de la Carta Apostólica PORTA FIDEI del Sumo Pontífice Benedicto XVI, con la que se convoca el Año de la Fe**

1. Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. 1 Jn 4, 8).
2. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.
3. La enseñanza de Jesús resuena todavía hoy con la misma fuerza: “Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna” (Jn 6, 27). La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: “¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?” (Jn 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: “La obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado” (Jn 6, 29).
4. A la luz de todo esto, he decidido convocar un Año de la fe. Éste comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebrarán también los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido como instrumento al servicio de la catequesis, realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia Católica. Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de octubre del año 2011, séptimo de mi Pontificado.  
Benedicto XVI

y vivo de nuestras personas y de nuestra sociedad. Todo lo demás es paganismo disimulado, protección de poderes ancestrales, sencillamente: resistencia a una verdadera conversión.

Esta opción, radicalmente existencial, tendría que significar el cese de las ambigüedades en algunos gestos que se privilegian en la institucionalidad católica, el fin de las represiones internas dentro de la opinión pública de nuestra Iglesia, el desapego de nuestros pastores de atavismos inertes, la renuncia al clericalismo excluyente, a las actitudes arrogantes, a las satanizaciones crueles contra sujetos a los que Jesús habría recibido como los receptores naturales de su Buena Nueva. Inclúyanse aquí el problema de los millones de divorciados vueltos a casar, el sacerdocio de las mujeres, la satanización de las diferencias sexuales. Ninguna de estas situaciones está, en lo más mínimo, avalada por el comportamiento histórico de Jesús de Nazareth.

Un capítulo especial, que no quiero dejar de abordar en estas líneas por la significación que tiene dentro de lo planteado, tiene que ver con la forma como preparamos a nuestros futuros pastores, pues al fin y al cabo ellos van a seguir teniendo por un tiempo, ojalá no muy largo, el protagonismo en la evangelización. Un perfil escandalosamente abundante nos lo brindan esos seminaristas, novicios *formandos*, tan prematuramente clericalizados, con tan poca garra apostólica, con tanto cuidado a las apariencias externas *levíticas*, las *carreras eclesiásticas* iniciadas tan desde el principio, la rigidez para ensañarse con exigencias muy poco cristianas contra los fieles, las temporadas de formación tan desproporcionadamente largas y no siempre coherentes con las verdaderas necesidades del pueblo de Dios, con instrumentos poco apropiados a una feligresía que ya no aguanta *dos pedidas* para *saltar la talanquera*. Si esto no se revisa con la seriedad del caso, será un elemento que atente contra esa promoción de la fe que se intenta llevar adelante.

¡Jesús de Nazareth, que el amor de nuestro Papá Dios, la fuerza del Espíritu Santo y el ejemplo de María, nos acompañen en esta oportunidad que se nos está brindando para evangelizar de verdad!

\* Miembro del Centro de Espiritualidad de Pastoral de la Compañía de Jesús en Venezuela.